

Detalles animados del deseo

Vand Mechite Sapiens



Image not found.

Capítulo 1

Cuando a uno lo callan para que escuche

Me preguntaba mi corazón cuál era la oposición a la decepción. Yo me insistía a mi mismo a encontrarle solución. Creo que cuanto más lo pienso, más me niego a descubrirlo. Uno entra en una paradoja, pues primero percibes la expectativa, degustas el "qué dirán", encuentras el alma que destruye el molde, o le hace de embudo, y después... Se acabó, y se repite. El fin de lo infinito del ser, la muralla de lo eterno es no poder coincidir con nada de lo externo, es no poder demostrarlo. Sin embargo, si se observan detalladamente cada uno de los sentimientos, se ponen su nombre propio, un polvo de estrellas, resultan ser como los árboles: siempre han estado allí. Nunca sabremos si son eternos, pero lo sospechamos. Sospechamos i nos libramos del estar, para ser eternos sin decepcionarnos. El presentimiento, al fin, es lo contrario a la decepción. El presentimiento, la sutil locura de la personalidad inteligente, el eterno delirio. Todo vuelve a lo mismo: lo que a mi me desencaja y me hace sospechar será siempre lo más mío y lo más de los demás. Mi corazón por fin ha encontrado una respuesta.

Cuando a uno lo callan para que escuche es absurdo. ¡Argh! ¡Cállate tú! Mi propio tesoro lo podrás limpiar del polvo de la magnanimidad, pero no me hagas lo que se opone al instinto: dejarme de lado. Seré libre quizás hasta que me encuentre solo, pero si lo soy, lo soy para bien, para la pasión de deleitarme. Cuando a uno lo callan para que escuche, su corazón calla más que escucha, pues el silencio maestro rinde más que la palabrería emperadora. Habla contigo mismo y te escucharé. Te abrazaré entonces con todos mis oídos. Y si no sangras al decirlo, quizás mereces que no te hagan caso.

Capítulo 2

Decímetro me contaba el otro día cómo era incapaz de desviarse y, a pesar de su exigencia de atención, lo poco que conseguía expresar su salud. Se le olvida, no en un rincón como es natural, sino en el centro de la vía, rodeado de hermanos. Decímetro me contó además que envidiaba a los humanos que pudieramos ser tan flexibles, ondulantes, pegajosos, retorcidos, canviantes, temporales y atemporales, temperamentales, sensibles, y de tantos colores. Decímetro sentía pena e impotencia. Sentía dolor.

No sé de dónde aprendo lo que digo. Des de dónde lo digo, des de que base me apoyo para encontrarme filosofeando. Jamás pensé que observando el mismo decímetro pudiera despertarse en mí tan variables sabidurías y tan regocijo de pensamientos cálidos, quizá pusilánimes, quizá magnánimes. A eso, deducí que lo que lloraba decímetro era la compañía. Algo espectral me pidió que ahondara más, que encontrara desmesura en el decímetro, que me perdiera en la perdición de encontrarse, en fin, la flexibilidad del acuerdo más crudo. Olí, olfaté, percibí un aroma de miel. Decímetro no encontraba algo, pero algo que se le había perdido dentro de sí. Centímetro era exigente y Metro soberbio por inteligente, y en estos estreñimientos surgió el alma, el decímetro. ¿Cuál fue la miseria del decímetro?: perdió su sombra, y sí, se sentía solitario, pero más desatado que nunca. En su lloro había una tierna alegría, un amarillo!, un naranja!, un rojo!

Los hombres como nosotros, los señores, tenemos sombra. La más oscura sombra, de negro piano y de negro carbón. Decímetro era lo que dijéramos un anciano, y su cuerpo huía y rehuía de la juventud sombreada. Sí, hechaba de menos su agilidad, pero tenía las virtudes más que atadas a sus muslos, a su espalda y a su pecho. Temblava, pero era solo el temblor de las hojas del pino en la tormenta. Decímetro tenía un tronco tan fuerte que su sabia estaba muy segura para sentirse fluida y creativa dentro de un cuerpo duro y opaco. Sólo decímetro debía dejar derramar un poco de su miel para atraer a los pájaros. Decímetro era un árbol tan viejo y sabio que el sol no le castigava con su sombra, ni el bosque jamás lo dejó de lado.

Capítulo 3

Gusanito de venganza, gusanito de fango, gusanito de cicatriz, te admiro, envidio tu buena expresión y tu valiosa presencia que hace única mi risa y la hace verdad. Gusanito tipo Kill Bill. Gusanito cínico y viscoso. Gusanito sabroso. Ja, ja, ja. Mataste mi padre, mereces morir. ¡Naca! Tu sangre cubre mi sedienta mano que te ha dado muerte. Eres mío, por fin, al no ser tuyo y al morir. Mi vida son dos, y las poseo cada una en una mano. La mía en la izquierda y la tuya en la derecha. Ja, ja, ja. Ahora me puedo reír al sentir tan tranquila y ligera mi mano diestra y tan pesada y latiente mi mano zurda. Gusanito de venganza puedes respirar por fin y hacerte vapor para desaparecer. He cumplido ya con mi cometido divino.

Capítulo 4